

## morir de miedo

**Y**A caminan por separado las dos hermanas Giuseppina y Santina, a las que la cirugía devolvió su autonomía natural hace unas semanas. En adelante, cada una de ellas usará de su propia individualidad y podrá desenvolverse en la vida con independencia de la otra.

Los psiquiatras observaron que la conducta de las dos siameras condicionaba sus actuaciones y que de ellas dos era siempre una, Giuseppina, la que llevaba el mando de la acción conjunta. Santina, en cambio, como si también la condicionara su nombre, se limitaba a obedecer. De ello deducían, como una ley natural, que en la vida se produce la simbiosis entre la acción y la ejecución, entre el mando y la obediencia. Poco a poco, va recobrando la segunda, Santina, un poco de espontánea iniciativa. No obstante, en sus actos e improvisaciones, parece como si pesara todavía —y pesará durante mucho tiempo— la ausencia de ese otro yo dinámico que tenía en el costado y que era, por lo menos, la mitad de su acción.

A muchos, aun sin la atadura biológica en que se vieron presas las dos hermanas de Italia, les ocurre en la vida como si notaran la ausencia de otro hermano que dispusiera por ellos, que les estimulara y accionara. Muchos seres nacen como amputados de ese otro yo dinámico, cuya ausencia les sume en un mundo de dubitaciones e irresoluciones. El déficit de voluntad vital se produce y manifiesta desde la infancia y tardan, o no consiguen nunca, llegar a un mínimo de plenitud creadora.

De esos seres a los que la naturaleza ha negado en principio los glóbulos rojos del estímulo y de la acción, nacen a veces portentosos artistas. Lo que resulta una mengua de sus facultades naturales para la acción en la vida corriente, se convierte en manantial de sutiles acciones escondidas. La vida interior fluye en vetas ocultas dentro de su ser y compensa su actitud deficitaria ante las contingencias normales en riqueza espiritual y contenido anímico.

Marcel Proust cuenta el desasosiego y los miedos que sentía en su infancia ante determinados fenómenos de la naturaleza. Hay en la infancia instantes mágicos y de asombro que son como repeluznos imborrables. La emoción del paso de un insecto sobre una hoja, una sombra al atardecer, el rumor que hace el agua al discurrir por el regato, entre la fronda, producen entonces en el ánimo una conmoción imborrable.

Los miedos infantiles labran la sensibilidad, la agudizan y exaltan. Desdichado del niño que no ha sentido pasear por su ánimo, con paso quedo, un monstruo indefinible. De los niños gordos, risueños e infelices, que no han tenido miedo, no se podrá esperar en el futuro más que una torpe actuación de financiero o de espectador de fútbol.

Santina, la melliza liberada, empieza ahora a estar en condiciones de labrar en su espíritu todas las gracias y los peligros de este mundo insano y fuerte, que sustituye los asombros solitarios por el estruendo de las explosiones y que hace caso omiso de la expectación con que todos los que nacen se asoman a la vida.

Normalmente, todos los que nacen se van acostumbrando paulatinamente al miedo inicial y natural. Ese miedo intrínseco se va depurando con los acontecimientos, con los años.

Pero no desaparece. De él queda a la postre lo que hoy se llama la angustia existencial. Ella es el último rastro, el residuo del miedo inaugural, diluido en una leve, pero constante, sensación de hastio y desencanto. La angustia, que perdurará a lo largo de la vida, no es más que el sucedáneo del pavor con que abrimos los ojos. En lugar del sobresalto que nos causa, de infantes, el rebullir de unas hojas o el viraje de un can, en lugar del espanto físico de los regatos o de las nubes, nos acosa una permanente nostalgia, una insaciable sed, una soledad abrumadora.

Pero hay niños que renuncian a ese desleimiento y desnaturalización que tiene el miedo inaugural para convertirse en angustia ontológica y queman de un golpe la poderosa arremetida del miedo. En un parque de Londres, un niño de tres años ha muerto de miedo. Esta expresión, que tenía visos de lugar común en nuestras conversaciones, se ha hecho realidad una tarde de junio bajo los árboles apacibles de un jardín londinense.

¡Morirse de miedo! Decíamos eso con tan sencilla naturalidad que se nos había olvidado que, en efecto, pudiera producirse una muerte así. Todo en nuestra vida actual está inventado para fortalecernos contra el miedo intuitivo y natural. Desde la acción de las películas hasta la sociología, todo ejerce, a nuestro alrededor, la función de esos antídotos cuyo poder profiláctico se basa en la inoculación de porciones graduales del mismo virus que pretendemos eliminar. A base de darnos miedo con los "westerns" y con los explosivos, vamos desafiando el miedo original con sus mismas armas hasta hacernos insensibles a él. Pero la serie de semimiedos continuos en que nos zambullimos no elimina el miedo que sentimos, sino que lo aclimata y acostumbra. Esta degradación del miedo inicial es una suplantación equívoca de la paz y del paraíso en que soñamos. En realidad, nos morimos de miedo lentamente.

El niño del parque de Londres se murió de miedo de una vez. Había salido a pasear con su padre y un hermano cuando estalló una tormenta estruendosa. Quedó unos minutos separado de sus acompañantes, que corrieron a refugiarse bajo unos árboles. El estruendo y la impresión de los relámpagos le abatió sin remedio y de una vez.

Si el chiquillo hubiera sobrevivido a esta primera impresión, probablemente hubiera ido amoldándose al hecho de que existan tormentas horribles, desproporcionadas, ululantes y que nuestra tragedia está en el hecho de que debamos afrontarlas sin defensas. Poco a poco, su corazón se hubiera hecho menos resonante a esos embates. Al fin, hubiera accedido a soportar la desproporción entre su ser y el acoso impracticable de la naturaleza.

En esta circunstancia se hallará también Santina, la semoviente y subalterna melliza de Italia. Pero en estos chicos que tienen miedo, en estas criaturas que empiezan a andar y que están solas, se emplaza hoy a toda la humanidad. ¿Es buena la lid en que estamos metidos, de dominar al miedo con más raciones de miedo? Creemos que sería mejor en el mundo actual inventar un ideal que no estuviera determinado por la pólvora y el espanto. Lo mejor sería arremeter contra el miedo con una aspiración paradisiaca y de bonanza. De lo contrario, aunque sepamos que no vamos a acabar por la explosión de los grandes artilugios bélicos, estamos medio muriendo continuamente del miedo que nos dan.